

Androides

Misión Luna

Fernando González

loqueleg

Comienzo uno:

11

Cuando la casa estalló en pedazos, Lucía estaba recostada sobre la cama, con los ojos cerrados y escuchando la música de Ana Prada, su cantante preferida.

Sí, yo sé que suena raro que una chica de su edad estuviese escuchando a Ana Prada, pero si quiero contar la historia como realmente sucedió, debo ser fiel a cada detalle, y Lucía era así; mientras sus compañeras de colegio planificaban los respectivos cumpleaños de quince (¡con un año de anticipación o más!), mientras se intercambiaban en *facebook* las fotos de los miembros de la banda de *pop* que estaba de moda en radio *Disney*, o se turnaban para pasearse por la puerta del Devoto mirando como bobas a los chicos que reponían las góndolas, Lucía prefería leer poesía, llenar las paredes de su cuarto con reproducciones de obras de Klimt y escuchar a Ana Prada.

Comienzo dos:

Cuando la casa estalló en pedazos, Lucía estaba recostada en la cama, con los ojos cerrados, los auriculares en los oídos y el *iPod* sonando a todo volumen.

Fue la vibración de la explosión —y no el sonido— la que la obligó a abrir los ojos, porque con el volumen al máximo solo escuchaba la música. En ese momento, pensó en su hermana Luna y sintió terror, temió que algo pudiera sucederle.

Luna era una bebé de apenas un año y medio, y a esa hora debía estar durmiendo en la habitación contigua; la niñera ya se había ido y dejaba a la nena en la cuna, al cuidado de Lucía, hasta que llegaba su madre. En realidad, Luna era su medio hermana, la hija de su madre y de su padrastro, y aunque todos decían que la chiquita no le importaba (sensación que Lucía se encargaba de alimentar mostrando cierto desdén), su primer pensamiento fue para ella. Recién después de preocuparse por la seguridad de la bebé, se le pasó por la mente preguntarse qué estaba ocurriendo, por qué la casa estaba haciéndose añicos y su cuarto desintegrándose en fracción de segundos, y finalmente, qué iba a sucederle a ella.

Comienzo tres (el definitivo):

Cuando la casa estalló en pedazos, Lucía vio todo como si fuese la escena de una película en cámara lenta. Los pedazos de ladrillo, las esquirlas de vidrio y madera de las ventanas, los trozos del cielorraso y las reproducciones de Klimt surcaban el aire hechos jirones y danzaban al ritmo de la voz de Ana Prada. Era una imagen surrealista: todo a su alrededor se desmoronaba, se deshacía, se desintegraba, y en su cabeza sonaba una melodía suave, amable, casi como una canción de cuna.

... *suelo andar, ya me ves/ jugando al tentempié en el precipicio*, le cantaba Ana Prada al oído mientras el mundo desaparecía ante sus ojos. Lo último que vio fue un pedazo del marco de la ventana volando directo hacia su cara. Después todo fue oscuridad.



Lucía abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en una estación de trenes, esperando a un costado de las vías. Por los parlantes anunciaban algo y supuso que sería el horario de los ferrocarriles, las partidas y las llegadas; pero no entendió lo que decían porque la voz metálica hablaba un idioma extraño, lleno de expresiones que le recordaban al sonido que hace la gente cuando quiere vomitar. Aunque el sol estaba alto, Lucía sentía frío; un viento helado barría el andén y le atravesaba la piel y la carne hasta llegar a los huesos, como si le clavaran cientos de agujas.

El tren se demoraba. Más y más gente aparecía en la estación y se detenía junto a ella. Hombres, mujeres y niños giraban sus cabezas impacientes; parecían mirar los relojes en lo alto de las columnas, gesto que resultaba extraño teniendo en cuenta que sus rostros no tenían ojos ni narices ni bocas.

La voz del parlante continuaba desgranando su discurso incomprensible.

Un joven pálido y de ojos oscuros se acercó a Lucía. Su cara no era como la del resto de los que esperaban, estaba completa. Algo en él le recordó a Kafka, el escritor del cuento en que el protagonista se transformaba

en una cucaracha. Ella lo conocía porque había comprado un ejemplar del libro en la feria de Tristán Narvaja, después de leer un artículo en Internet. En el libro gastado aparecía la foto en blanco y negro del autor.

—Hace frío, ¿no? —le preguntó el joven.

Se parecía muchísimo al escritor y tenía una forma inquietante de mirarla, directo a los ojos y sin pestañar, como si quisiera leerle los pensamientos.

—Sí... un poco —respondió para no parecer maleducada.

—El tren tiene unos minutos de demora —agregó él con seguridad.

Ella no contestó porque en realidad no sabía de qué tren le estaba hablando, solo sabía que debía permanecer en ese lugar hasta que el transporte indicado llegara a la estación.

—Hasta que el tren indicado llegue a la estación —comentó el joven como si replicara los pensamientos de Lucía en voz alta.

—¿Qué decís?!

No quería parecer sorprendida o nerviosa, pero las palabras del joven habían sido una repetición tan exacta de sus pensamientos que no pudo evitarlo y la pregunta se le escapó, junto con una exclamación de sorpresa.

Él respondió sin inmutarse, como si todo aquello fuera algo natural.

—Estaba pensando en voz alta. Decía que cuando estamos en un andén todos nos parecemos, somos seres con una única e idéntica misión: esperar hasta que el tren indicado llegue a la estación.

Lucía no comprendió muy bien qué quería decir, sobre todo porque los trenes de pasajeros hacía tiempo que no eran comunes, ¡ella jamás había tomado uno!, así que se quedó callada y desvió la mirada buscando distinguir algo sobre las vías; pero no se veía nada y los rieles permanecían vacíos.

—Este viento frío me trae recuerdos de una noche en esta ciudad, una noche llena de explosiones y persecuciones, pero de eso hace tiempo —comentó el joven pálido en voz alta. Era evidente que lo hacía para que ella lo escuchara—. ¿Conociste esta ciudad hace veinticinco años? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza. La pregunta era una tontería: todavía no había cumplido los catorce y, por lo que podía ver, el chico parecido a Kafka tampoco.

—Esta ciudad, a pesar de ser joven, conserva a sus fantasmas muy vivos —dijo él esbozando una sonrisa que parecía una mueca—, a pesar de ser joven y de que los fantasmas siempre están muertos.

En ese momento lo interrumpió una sirena y las personas del andén se pusieron nerviosas y giraron sus caras sin ojos hacia el lugar desde donde venía el sonido. Lucía hizo lo mismo pensando que el tren por fin se acercaba, pero en lugar del tren, apareció una babosa gigantesca y pegajosa, que se arrastraba con lentitud. Lucía, sin poder creer lo que estaba viendo, intentó buscarlo a él con intención de comentar tal disparate, pero al volver la cabeza descubrió que el joven ya no estaba y, aunque lo rastreó con la mirada, le fue imposible descubrirlo entre la multitud que se agitaba al borde de las vías.

Como no lo encontró, regresó su atención al trenbabosa que en ese momento se detenía frente a ella. Su piel era translúcida y estaba llena de una especie de poros que tenían el tamaño de platos. Cuando los miró mejor, se dio cuenta de que, más que poros, parecían válvulas u orificios de escape por los cuales el monstruo expulsaba gases y una baba transparente y brillante.

En el interior de la babosa se distinguían decenas de siluetas, cuerpos humanos que flotaban inmóviles en una especie de gelatina. La gente sin ojos ni boca que esperaba en el andén atravesó la piel del animal y se sumergió en sus entrañas como si fuese lo más normal del mundo. Ella dudó un momento, sentía una mezcla de miedo y asco, y se resistía a meterse adentro de la babosa. Entonces sonó un silbato y el monstruo, seguramente impaciente ante la actitud de Lucía, giró su cabeza a una velocidad sorprendente y se la tragó de un solo bocado.

Lucía se descubrió flotando también ella en la gelatina transparente, cayendo adentro del monstruo como en un pozo sin fondo. Intentó respirar, pero la sustancia espesa se le metía por la nariz y la boca y le llenaba los pulmones. Sintió que se ahogaba, y por más que braceó y pataleó, no pudo avanzar hacia ningún lugar y, cada vez que aspiraba buscando un poco de aire, solo lograba tragar gelatina. Quería escapar, huir de aquella trampa, pero era inútil; notaba que estaba perdiendo la conciencia. De repente todo se puso oscuro, el mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor y ella se sumió en la inconsciencia.

Lucía se despertó sobresaltada, empapada en sudor. Sobre su cuerpo había escombros, pedazos de lo que hasta hacía unos minutos era su dormitorio. Supuso que en algún lugar había fuego, porque el olor del humo se le metía, picante, por la nariz.

«Perdí el conocimiento», pensó, «un pedazo de la ventana me pegó en la cabeza y me desmayé». Se tocó la frente y ahogó un grito de dolor; tenía un chichón enorme que le dolía ante el más mínimo roce. En ese momento sintió que le faltaba el aire, que tenía algo atravesado en la garganta. Tosió hasta que logró expulsar lo que le impedía respirar y vio que el estorbo caía retorciéndose sobre la cama llena de escombros.

—¡Una babosa! —gritó horrorizada y, sacándose de encima pedazos de pared y cielorraso, escapó de lo que quedaba de su casa por un agujero.

Afuera la gente corría hacia ella. Las sirenas de los bomberos, o tal vez de las ambulancias, sonaban cada vez más cerca.

Se miró los brazos y las piernas; tenía la remera y los jeans rasgados, algunos machucones y cortes poco profundos, y aunque le dolía todo el cuerpo, sabía que no era grave.

Entonces se acordó de su hermana.

—¿Luna, dónde está Luna?! —gritó desesperada, pero antes de que pudiera dar un solo paso, los vecinos que se habían acercado le impidieron regresar a los restos humeantes de su casa.